



EL TESORO
DEL ORBUCÁN



EL TESORO DEL ORBUCÁN



Recuerdo nítidamente mi primer encuentro con el pirata Cofresí, pese a que ya han pasado algunos años desde que nuestros caminos se cruzaron. Yo viajaba en solitario hacia Málaga. Mi destino era el Convento de San Luís el Real. Llevaba días de extenuante camino a pie desde que había desembarcado aquella primavera de 1821 en la costa levantina, procedente de Calabria. Se me presentaba una nueva noche a la intemperie, así que decidí buscar refugio en las cálidas arenas de la playa y saludar al hermano mar desde la orilla costera de Alicante. Esa noche la luna apenas iluminaba. Presuroso me dispuse a colocar mi raída manta al abrigo de una duna cuando me pareció oír murmullos. Un grupo de hombres toscos y de aspecto taciturno parecían conspirar con voz cavernosa a la lumbre de una hoguera. Su aspecto era siniestro y provocaron en mí una mezcla de temor y curiosidad. No eran más de 6 ó 7 pero su imponente presencia les confería el aspecto de un ejército entero. La brisa marina me trajo aromas de pescado y tocino y yo sentí que desfallecía, pues llevaba muchos días alimentándome a base de pan duro y queso rancio. Me sobrepuse al temor que producía su prestancia y con venerable disposición me acerqué a su campamento.

Mi aparición no fue bien recibida: al advertir mi presencia los hombres desenfundaron velozmente sables, puñales y dos pistolas humeantes, así que me encomendé a mi santísimo patrón San Francisco. A la escasa luz de las llamas sus rostros hoscos y enjutos, salpicados de cicatrices, se me antojaron los del mismísimo diablo. En un abrir y cerrar los ojos los hombres me rodearon con expresión feroz.

Noté el contacto frío y espeluznante del acero en mi cuello. No me había dado cuenta pero uno de ellos había surgido de las sombras y, situado tras de mí, me amenazaba con un puñal en la garganta. Un rancio olor a tabaco emanaba de su aliento, pegado a mi oreja. Más tarde podría contar que ése fue mi primer contacto con Cofresí.

“Habla, mosén. Dinos quién eres, qué quieres, quién te envía. Habla o muy pronto podrás ver el rostro de Dios con tus propios ojos”.

“Hermanos, mi nombre es Pietro Benincasa y sólo me traen buenas intenciones y el succulento olor de vuestra cena” –fue lo que, con voz trémula, pude decirles en mi tosco español. La presión del puñal disminuyó.

“¿Cuánto tiempo hace que nos observas?”

“Acabo de llegar”– respondí con un hilo de voz.

“Roberto” – gritó uno de sus compañeros de fechorías– “Acaba con el maldito inquisidor”.

“En realidad, soy fraile” – me atreví a decir.

A Cofresí le hizo gracia mi interrupción y se situó delante de mí sin dejar de blandir el puñal.

“Fray Pedro”. Hizo una reverencia. “Que Dios le bendiga, porque a nosotros ya nos ha dado por perdidos”.

Todos rieron de buena gana y yo intuí que en su atribulado corazón latían nobles sentimientos.

“Hermano, nada hay perdido para Dios”.

Y así pasé a ser para mis nuevos compañeros Fray Pedro de Acri, por ser ésta la ciudad calabresa donde vi la luz hace ya lustros o, simplemente, “El Calabrés”. Aquella noche ingerí, después de mucho tiempo, una nutritiva cena.

Sentados junto a la hoguera, los hombres hablaban en susurros. Se iban turnando de a dos para vigilar el camino y también la línea del horizonte marino. No me dijeron sus nombres, aunque supe de algunos por cómo se interpeaban: “Gaucho”, “Chamorro”o “Tuerto”, y “Roberto” o “Jefe” para el hombre que me había amenazado con el puñal. Detecté que su acento procedía de algún reino de ultramar, pese a mi escaso dominio de la lengua castellana, mas no me atreví a hacerles preguntas. Más bien me las hicieron, recelosos, ellos a mí. Les expliqué que la orden franciscana de Calabria me había enviado al convento de Málaga, en parte para saciar mis ansias de viajar y visitar nuevos lugares, y que allí me dirigía, solo, para incorporarme al servicio con mis hermanos españoles.

“Menos mal que su sed de aventuras no le ha llevado a la colonia de Puerto Rico, fray Pedro” – me dijo Roberto– “Allí hubieseis durado muy poco”.

Y su boca esbozó una sonrisa desconcertante.

Sin embargo compartieron sus manjares y su bebida conmigo, incluso un brebaje desconocido para mí pero muy exquisito que ellos denominaban grog y que se me antojó como una especie de ron. Me dormí al lado del grupo y al alba empezaron a recoger sus pertenencias y a borrar todo rastro de su permanencia allí.

“Fray Pedro, espero que todo le vaya bien” –dijo Cofresí dirigiéndose a mí tras pasar su raída bota por los restos de la fogata.

“Que Dios te bendiga, Roberto”.

Nos estrechamos la mano y fue al darme la vuelta cuando oímos las voces.

“¿Quién vive? ¡Deténganse!”.

En ese instante todo sucedió muy rápido. Los recién llegados eran ni más ni menos que miembros de las Guardias Reales y los hombres de Cofresí se escabulleron en todas direcciones, ocultándose en los sitios más inverosímiles. Yo, asustado, hice lo propio y me tendí tras unas rocas. Desde mi escondite vi cómo uno de los oficiales apresaba a uno de los portorriqueños. Cerca de mí, oculto tras una duna, Cofresí hizo amago de desenfundar su puñal y salir en defensa de su hombre, mas yo me adelanté. Aún hoy no sé de dónde saqué el valor o la imprudencia, pero lo cierto es que me arribé a los oficiales y con voz calmada me presenté:

“Buenos días nos dé Dios. ¿Por qué han apresado a mi compañero?”

Me miraron con desconfianza.

“¿Su compañero? ¿Quiénes son ustedes, Padre? Explíquese”.

“Mi nombre es Pietro de Atri y éste es un pobre hombre privado de habla que me acompaña al Real Convento Franciscano para enmendar su adicción al juego”.

“¿Viajan juntos? ¿Y no había por aquí hace un momento más hombres?”

“Ni un alma, oficial” –mentí, rogando en silencio al Altísimo su perdón.

Sin acabar de creérselo del todo, la Guardia Real dejó libre al compañero de Cofresí.

“Ándese con ojo, padre. Nos han notificado que unos peligrosos piratas han conseguido eludir la justicia y puede que anden cerca de aquí”.

Apenas habían desaparecido por el camino cuando una vez más sigilosamente Cofresí se situó junto a mí:

“Fray Pietro, mi nombre es Roberto Cofresí Ramírez, de Cabo Rojo, Puerto Rico. Pirata, luchador incansable por los derechos de mis compatriotas y desde hoy, su más leal hermano de sangre, que defenderá su vida con la mía si es necesario”.

Y Dios es testigo que cumplió su palabra.



Desde bien joven yo sentía pasión por los mares y los destinos exóticos. Roberto Cofresí encarnaba el espíritu de la aventura y la temeridad que tanto me subyugaban. Sin asomo de recelo, me contó su historia honestamente. No me sentí desasosegado por haber ayudado a un fugitivo porque, dentro de mí, sabía que ese hombre estaba actuando movido por la más noble de las intenciones.

Pese a su juventud, Cofresí había luchado incansablemente contra el dominio feroz de las autoridades españolas en su tierra. Cansado de ver cómo su pueblo moría de hambre mientras los gobernantes de la Corona expropiaban sus bienes y riquezas, Roberto consagró su vida a la piratería, atacando a los barcos españoles y repartiendo los bienes entre su propia gente. Pero llegó el aciago día en que le apresaron y él y su tripulación fueron deportados a España para ser juzgados.

“¿Habéis conseguido evadiros de las autoridades?—pregunté atónito cuando su relato llegó a este punto— ¿Cómo conseguisteis arribar a tierra firme?”

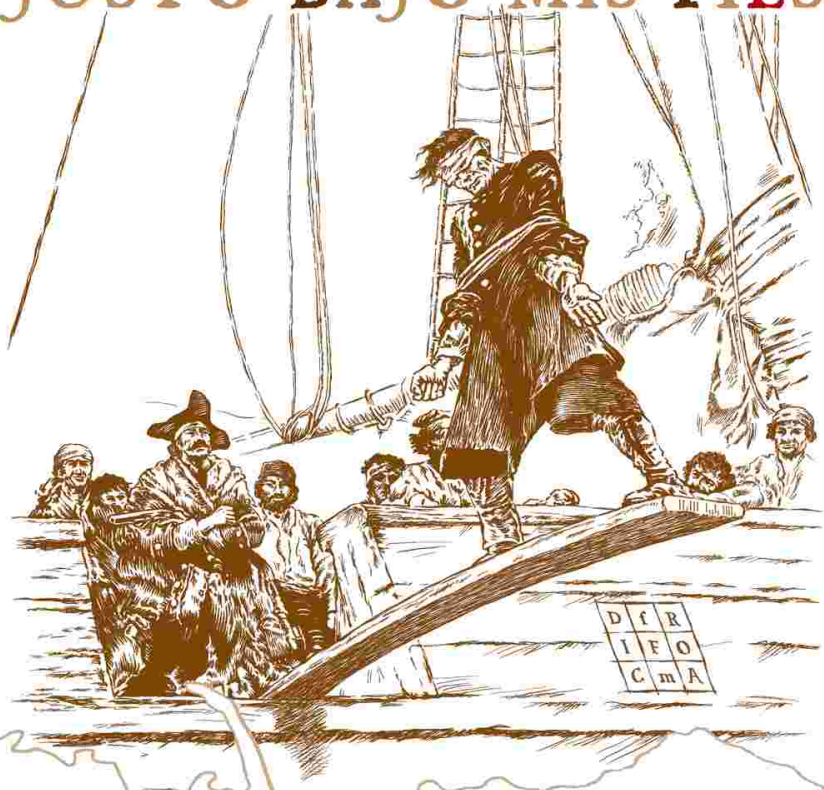
El rostro de Roberto se ensombreció por un instante. Sus ojos mostraban el dolor de un recuerdo y, apretando los puños, fue narrando su infortunio, escupiendo con cada palabra todo el resentimiento y el sufrimiento que le quemaban por dentro.

“Mi fiel Marcelo. Mi compañero de juegos, mi hermano del alma. No tuvieron ni piedad ni condescendencia. Le juro, fray, que el corazón de esas gentes se balla emponzoñado sin remisión”.

Su respiración se hizo entrecortada y en el curtido y rudo rostro del pirata casi afloraron lágrimas de aflicción mientras recordaba los malhadados hechos.

“Dividieron a mi tripulación en dos grupos. Marcelo y yo y estos hombres que hoy nos acompañan viajábamos en el galeón de la Armada Española. Maniatados como perros, sufrimos toda clase de vejaciones. Pero no estuvieron satisfechos con ello. Sabedores de que en alta mar ninguna ley nos amparaba, los malditos oficiales decidieron castigarme arrebatándome a mi más leal colaborador”.

LO PUEDO VER ESCRITO JUSTO BAJO MIS PIES UNO QUE LO ES TODO
OTRO QUE NO ES NADA



Cofresí hizo una pausa y entrecerró los ojos. Yo podía sentir cómo luchaba por dominarse.

“Sin justificación alguna, cogieron a Marcelo y le obligaron a pasar por la plancha. Atado y con los ojos vendados, tuvo que caminar por un tablón mientras los miembros de la Armada le empujaban con sus fusiles. Marcelo fue valiente y asumió su destino ante mi impotencia y la de mis hombres. Cayó en las profundidades de un mar infestado de criaturas. ¡Le ejecutaron cruelmente sin juicio, sólo por el placer de hacernos sufrir!”

Y entonces el temido y rudo pirata Roberto Cofresí dejó paso al hombre frágil y herido. Para mi sorpresa, prorrumpió en desconsolados sollozos. Mi corazón se partió ante su derrumbamiento y le abracé como a un niño necesitado de consuelo. Poco a poco, con una mezcla de vergüenza y alivio, fue sobreponiéndose a la pena.

“Fray Pedro. Estaba resuelto a acatar mi destino sin lidiar, pero aquel episodio fue demasiado para mis hombres. Aquella misma noche conseguimos liberarnos y amotinarnos. Fue un combate duro y perdí a seis de mis compañeros, pero al alba habíamos conseguido el control del galeón y habíamos vengado la muerte de nuestros hermanos”.

Ése era Roberto Cofresí. Asesino despiadado y noble justiciero. Un malhechor forajido con un corazón lleno de sentimientos encontrados.

“¿Os hicisteis con el galeón español? ¿Dónde está ahora?”

“Ah, padre, aún es pronto para que pueda revelarles su paradero” –contestó misteriosamente– *“Pero está a buen recaudo. Y juro por la tumba oscura y profunda en la yace mi apreciado Marcelo y por todo el oro de la Corona de España que regresaré con todos mis hombres a mi tierra para vengar la muerte de mi gente”.*

“¿Cómo conseguisteis evitar al otro galeón de la Armada?”

Cofresí rió con ganas.

“Padre. Nuestra pericia en el mar es sobradamente conocida. Mis hombres han nacido junto a las barras del cabestrante y nadie puede hacer que las velas impulsen con más brío un navío que ellos. Junto a la bahía de Cádiz conseguimos sacarles una ventaja de varias millas y allí hicimos lo que nadie esperaba, ni siquiera el pleno de la Guardia Real que aguardaba nuestra llegada en tierra: huimos por el estrecho en vez de virar y regresar a mar abierto”.

El astuto Roberto no sólo se había hecho con el control del navío español que lo deportaba sino que había conseguido dar esquinazo a la Armada y a la mismísima Guardia Real. Comprendí entonces muchos de los detalles a los que en principio no di la merecida importancia: por qué mi encuentro con Cofresí había sido en la costa, por qué sus hombres me recibieron con sigilo y desconfianza y, sobre todo, por qué los piratas y yo compartíamos trayecto por tierra. Él y sus hombres, resueltos, valientes, temerarios, se dirigían a Cádiz para liberar al resto de la tripulación que había viajado en el otro galeón español. Nada detendría a ese hombre de su cometido y de su sentido del deber.

Yo había resuelto seguir mi camino hacia Málaga junto a Cofresí y sus hombres, pese al peligro que ello entrañaba. Si los escasos representantes de la Santa Inquisición que aún permanecían en el cargo me apresaban junto a un grupo de forajidos no iban a tener piedad conmigo. Pero mi destino estaba irremediabilmente unido al de ese hombre y no creía oportuno abandonarle a su suerte.

Pasaron varios días de camino sigiloso y de noches con turnos de vigilancia. Cofresí y los suyos demostraron una excelente habilidad para mantenerse ocultos y para hallar las sendas más seguras. Durante la travesía, la amistad que nos unía fue estrechándose más y más. Cofresí se reveló ante mis ojos como un hombre íntegro y presto a ayudar a los necesitados. Cuidaba con esmero a sus hombres; siempre era el último en recibir su ración de alimentos y cuando alguno se enzarzó en una disputa, medió con juicio y clarividencia salomónicas. Mi admiración y respeto hacia su persona crecían y me atrevería a afirmar que el sentimiento era recíproco. Una noche, ya en tierras andaluzas y próximos al final de mi trayecto, Cofresí me confió sus preocupaciones:

“Fray Pedro. ¿Cree firmemente en un Dios misericordioso? ¿Cree que existe redención para estas almas pecadoras?”

“Los caminos del Altísimo son difíciles de saber” – fue lo único que acerté a decirle– “Pero ten por seguro que mientras te guíen nobles intenciones, aún queda un atisbo de esperanza”.

“Padre, su presencia ha sido reconfortante. Mis hombres y yo estamos en deuda con usted. Pero nos dirigimos a un destino incierto y con escasas posibilidades de éxito. Por eso debo pedirle un último favor”.





Me sorprendió su ruego. Pensé que quizás me iba a pedir que le confesara, aunque Cofresí había perdido la fe en la Santa Madre Iglesia hacía ya mucho tiempo. Pero no era confesión lo que quería. Nunca imaginé que lo que sigue iba a ser su petición.

“El galeón español, ¿lo recuerda? No sólo iba lleno de gente”.

“¿A qué te refieres, Roberto?”

“Ese galeón transportaba algo muy valioso. Antes de que nos capturasen en Puerto Rico, mis hombres y yo habíamos robado el oro de uno de los barcos del virrey. Cuando nos apresaron, la Armada incautó el tesoro y pretendía devolverlo a tierras españolas. Viajábamos en el mismo barco”.

“¿Quieres decir que el oro aún permanece en el galeón que abandonasteis en la costa de levante?”

“No exactamente, querido Fray”.

Cofresí abrió la bolsa de cuero que le colgaba del cincho y extrajo un misterioso papel. Lo desplegó delante de mí tras cerciorarse de que ninguno de sus hombres nos observaba. Mi curiosidad y sorpresa se incrementaron al comprobar que se trataba de un mapa.

“Mis hombres y yo escondimos el tesoro la noche en que nos encontramos por primera vez. Éste mapa señala el lugar exacto”.

Contemplé atónito el trozo de papel. Cofresí parecía muy seguro de lo que estaba haciendo.

“Mi intención es liberar a mis hombres y venir a por él. Pero si algo nos sucede, quiero que se lo quede usted”.

“Roberto, aprecio enormemente tu confianza, pero mi orden no me lo permite –le dije con solemnidad–. Recuerda que hice voto de pobreza”.

“Exactamente por eso, estimado padre. Sé que usted se encargará de hacer llegar este oro a la gente que de verdad lo necesita. Si no puede ser mi propia gente, le encomiendo que reparta el oro entre los necesitados de estas tierras”.

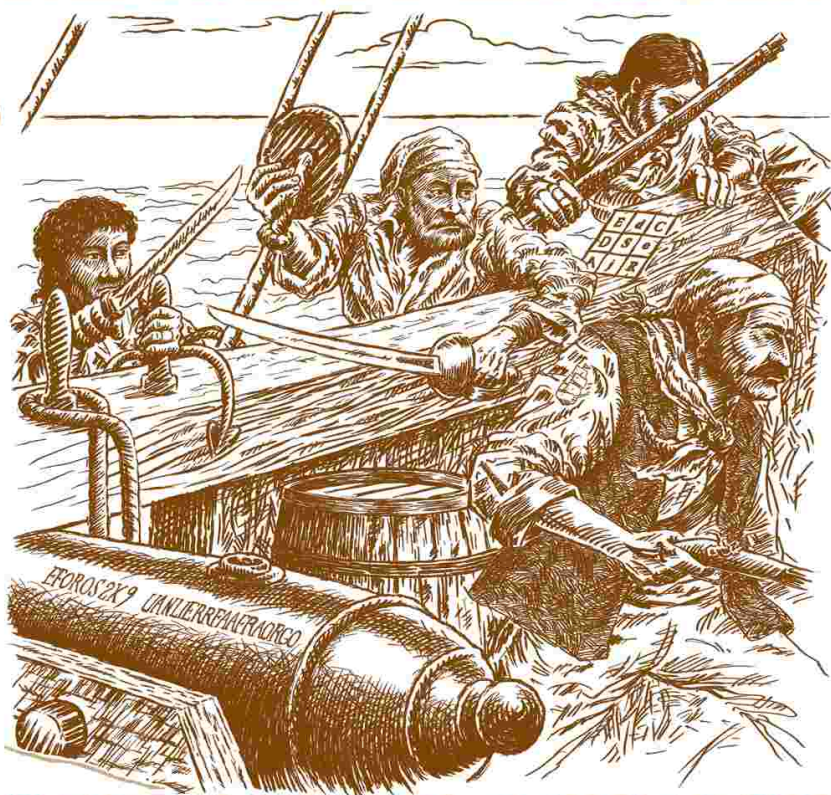
Su gesto me conmovió. Su odio a los españoles no le impedía acudir en auxilio de los verdaderos pobres de la tierra. Emocionado, estreché su mano.

“Ten por seguro que así será, noble Roberto”.

Al día siguiente nuestros caminos se separaron.

Fue la última vez que lo vi.

TU RUMBO ESTÁ DIBUJADO
ACUÑADO EN EL FUEGO
Y EN UN ANTIGUO LENGUAJE
EMPUÑANDO LAS ARMAS



El 17 de junio de 1821 Roberto Cofresí y sus hombres consiguieron burlar la vigilancia de la prisión mayor de Cádiz. Tras una sangrienta batalla, liberaron a todos los presos que había en ella, incluidos los 12 miembros de su tripulación apresados hacía meses. En una lucha sin cuartel que aún se narra en tabernas, teatros y gacetillas de toda España, logró llegar hasta el puerto, hacerse con una goleta atracada allí y huir con sus hombres a mar abierto. La Armada Española zarpó tras él sin éxito, porque su pericia de marinero y la mayor ligereza de su embarcación le otorgaron una ventaja decisiva. Sin embargo, la firme resolución de las autoridades españolas de no darle tregua impidieron que pudiera regresar de inmediato a por el botín escondido, tal y como pretendía.

En mi retiro monacal de Málaga, yo guardaba la secreta esperanza de que Cofresí volviera a por su oro, puesto que había conseguido escapar de la muerte. Mientras tanto, a mis hermanos y a mí nos tocó vivir tiempos convulsos. El levantamiento del teniente coronel Riego conllevó que durante el Trienio Liberal se produjeran severas desamortizaciones, y la orden franciscana no se mantuvo al margen de ellas. Temeroso de que en las incautaciones hallaran el mapa que Cofresí me había confiado, tomé la drástica decisión de destruirlo. A cambio, decidí escribir la historia que hoy nos ocupa para rendir merecido tributo a Roberto Cofresí, dejar constancia de unos hechos poco conocidos y para que, de algún modo, el secreto del oro escondido no se perdiera. Agradezco al cielo la formación clásica y esteganográfica que mi orden me brindó porque me ha sido de gran utilidad.

Cuatro años más tarde llegó a mis oídos la triste noticia de la ejecución en San Juan Puerto Rico de mi amigo Roberto Cofresí. Él y los pocos hombres que permanecieron con vida tras una sangrienta batalla contra la Armada Española fueron apresados con ayuda de la Marina Americana y condenados a muerte. Tenía sólo 34 años.

Ese día cogí mis escasas pertenencias, entre las que se encontraban este manuscrito ilustrado, y decidí volver a mi país. Para ello, tenía pensado emprender el regreso embarcando desde algún punto de la costa levantina...



FIN

NO SE SABE SI PIETRO DE ACRI FUE A BUSCAR EL TESORO. SIN EMBARGO, SE SABE A CIENCIA CIERTA QUE FUE LO SUFICIENTEMENTE HÁBIL PARA CONSEGUIR QUE EL PARADERO QUE EN SU DÍA ELEGÍÓ ROBERTO COFRESÍ FUERA DEBIDAMENTE OCULTO EN LAS MISMAS ILUSTRACIONES DE ESTA HISTORIA.

HOY LA LEYENDA SIGUE MÁS VIVA QUE NUNCA



HAY UN VALIOSO TESORO ESCONDIDO EN ALICANTE

RON ORBUCÁN RECUPERA EL ESPÍRITU LIBRE Y AVENTURERO DE LOS AUTÉNTICOS PIRATAS Y TE PROPONE UN GRAN RETO: PARTICIPAR EN LA BÚSQUEDA DE UN TESORO REAL, ENCONTRARLO Y QUEDÁRTELO.

SÉ EL PRIMERO EN RESOLVER TODOS LOS ENIGMAS Y EL TESORO SERÁ TUYO.



5 ILUSTRACIONES. MÁS DE 30 ENIGMAS POR RESOLVER. UNA CLAVE FINAL

- Las claves para encontrar el Tesoro del Orbucán están ocultas en las 5 ilustraciones de este libro.
- No hay un orden para resolver las ilustraciones. Pero deberás resolverlas todas para encontrar el Tesoro.
- Cada ilustración oculta varios enigmas: un enigma principal y otros secundarios que aunque no son imprescindibles para encontrar el tesoro confirman que vas por buen camino.
- Cada enigma principal resuelve preguntas que deberías hacerte antes de empezar a buscar. A veces es tan importante formularse las preguntas adecuadas como encontrar las respuestas.
- **Busca el dibujo de un puñal oculto en cada ilustración.**
- Su punta señala el enigma principal de esa ilustración.
- **Atención:** Una clave final es imprescindible para resolver este rompecabezas. Estate atento. Pronto se publicará en www.eltesorodelorbucan.com y en Información de Alicante.

CONSEJOS PARA ENCONTRAR EL TESORO DEL ORBUCÁN

- El tesoro real y valioso. La Búsqueda también es real y no puede ser fácil.
- Encontrar el tesoro es cuestión de inteligencia, pero también de paciencia.
- Las ilustraciones contienen mensajes cifrados. Deberás investigar este tipo de lenguajes.
- Cuánta más información reúnas, mejor. Si quieres acceder a pistas exclusivas, entra en www.eltesorodelorbucan.com o espera que se vayan publicando en Información de Alicante.
- Apunta toda la información que encuentres, en algún momento puede servirte.
- Si no resuelves una ilustración pasa a otra. Quizá te sirva de inspiración.
- Toda búsqueda tiene al menos 2 recompensas: hallar lo que estaba oculto y lo que aprendes en el camino.
- Comparte la búsqueda con amigos: cuántos más ojos estén mirando, más cosas verás.
- Cuestiona todos los detalles sospechosos que encuentres en las ilustraciones, podrían ser una pista.

NOTAS:

NOTAS:



Promoción reservada a mayores de edad. Orbucán es Marca Registrada
Bebe con moderación. Es tu responsabilidad. 40°



www.eltesorodelorbucan.com